

Robert Lowell y Santayana

Antonio Lastra*

Fragments de correspondencia romana. George Santayana a Robert Lowell, EDICIÓN DE GRAZIELLA FANTINI. ROMA, INSTITUTO CERVANTES, 2006, 108 pp.

*All's misalliance*¹

El Instituto Cervantes de Roma, en una muy cuidada edición trilingüe (español, inglés e italiano) de Graziella Fantini y con una presentación de Herman J. Saatkamp Jr., ha publicado *Fragments de correspondencia romana. George Santayana a Robert Lowell*. Fantini se ha doctorado en la Universidad de Venecia con una tesis sobre *Shattered Pictures of Places and Cities in Santayana's Autobiography* [Imágenes rotas de ciudades y lugares en la autobiografía de Santayana]; Saatkamp es fundador y consejero editorial de la Santayana Edition en curso, donde han aparecido los siete primeros volúmenes de las *Cartas* de Santayana (aún está pendiente de publicarse el octavo y último). Fantini y Saatkamp son dos de los *scholars* más reconocidos y competentes en los estudios contemporáneos sobre Santayana. La edición de una parte de la correspondencia que Santayana mantuvo con Lowell, sin embargo, no es sólo una muestra de *scholarship* y, en cualquier caso, el criterio seguido para escoger los fragmentos pone de relieve algo más que una cuestión de oficio. La correspondencia es, de hecho, valiosa en muchos aspectos y su interés trasciende a lo que Santayana llamaba la psicología literaria. En el fondo, podríamos preguntarnos si realmente hubo *correspondencia* entre Santayana y Lowell, si alguno de ellos llegó a experimentarla o si, parafraseando a Santayana, Lowell y él fijaron de algún modo la vida en común que los accidentes les negaban. En la última carta que recoge esta antología, fechada el 23 de octubre de 1950, Santayana esbozó para Lowell un plano de situación del asilo donde vivía (reproducido en la página 107), a la espera de que el poeta llegara a Roma, y le confiaba que había estado leyendo

la “nueva edición” de sus poemas y que tenía muchas cosas que decirle y preguntarle. “Venga apenas pueda”. La impaciencia de la última frase, y el trazado vacilante de su dibujo (pese a la delicadeza de la escritura a mano de Santayana, se trata de una verdadera *shattered picture* de la ciudad y de los lugares antiguos de Roma), no son demasiado característicos de la imagen clásica y desapasionada de Santayana, del “anciano filósofo de Roma”, como Wallace Stevens lo llamaría en su poema *in memoriam*, aunque expresa muy bien el afecto que Santayana había llegado a sentir por Lowell, un afecto más propio de la poesía que de la filosofía.

La relación de Santayana y Robert Lowell constituye un ejemplo en particular de las relaciones, mucho más amplias, de Santayana con la poesía, o de la filosofía con la poesía en general. Que el ejemplo es paradigmático lo sugiere —como esta edición de la correspondencia romana— el hecho de que el nombre de Lowell sea el único asociado al de Santayana en el índice de la biografía escrita por John McCormick; no ocurre lo mismo con Ezra Pound o T. S. Eliot, ni tampoco con Stevens, tal vez el más sutil de los lectores de Santayana.² No podríamos decir de Lowell, a diferencia de Stevens, que fuera un buen lector de Santayana o que leyera su filosofía con la misma dedicación con la que el filósofo leería sus poemas; Lowell no llegó nunca a terminar de leer *Los reinos del ser* y prefería las piezas breves y la escritura aforística del filósofo. McCormick sugiere que un eco de la relación de Alcibiades y Sócrates llega hasta nosotros en la relación de Lowell y Santayana. Naturalmente, hemos de entender que se trata de los personajes platónicos y no de los Alcibiades y Sócrates reales o históricos; en el sentido platónico, Alcibiades y Sócrates son personajes de un drama: en el *Banquete*, Sócrates vela mientras el poeta cómico y el poeta trágico (así como Alcibiades) duermen. La relación de Lowell y Santayana fue también una relación dramática y, hasta cierto punto, romántica: careció de las unidades clásicas de tiempo y de lugar, y comenzó por el final. En la primera carta que le envió a Lowell, el 25 de julio de 1947, Santayana confundiría el lugar de partida del envío del libro *Lord Weary's Castle* que Lowell le había hecho llegar (creyó que Lowell trabajaba en la embajada americana de Estambul). Su acuse de recibo era inquisitivo: empieza preguntándole a Lowell por sus antepasados, entre los que se contaban algunos *bramines* de Boston, como James Russell Lowell (a quien Santayana menciona), y la “diosa cautiva” Amy Lowell, como se llamó a sí misma en uno de sus poemas y a quien Santayana no menciona. (Hacia el final de su vida, Amy Lowell diría de sí misma que era inútil. “No hago nada”, escribió. Su descendiente lucharía durante toda su vida por sobreponerse a la misma sensación. “Diosa cautiva” era una variación de la consideración emersoniana del poeta como un “dios liberador”. Robert Lowell fue tal vez el menos emersoniano de los poetas americanos.)

En su relación con Alcibiades, Sócrates también se limitaba a preguntar. En la primera ocasión en que se dirige a él, en el diálogo que lleva su nombre,

lo llama “Hijo de Clinias”; poco después vuelve a dirigirse a él llamándolo “Querido hijo de Clinias y de Deinomaques”. El educador de Alcibiades, sin embargo, había sido su tutor, Pericles. La educación que Pericles le había proporcionado a Alcibiades se muestra en seguida deficiente en comparación con lo que Sócrates —que se sobrepone al padre y al tutor de Alcibiades como, en cierto modo, hará Santayana respecto a los antepasados y educadores de Lowell— se propone enseñarle; la educación de Pericles era una educación política, fatalmente vinculada a lo que en el original griego se dice *polloi*, la multitud. Tanto en el caso del diálogo platónico como en el de la correspondencia romana, la guerra es el acontecimiento más importante que ha tenido lugar recientemente. El padre de Alcibiades ha muerto en la guerra, mientras que Lowell, que se había declarado objetor de conciencia en virtud de su adhesión al catolicismo, había sido condenado a un año y un día de prisión. (Santayana dirá de ese “día” que reflejaba el aumento de la autoridad “incluso en América”, pero el juez que dictó la sentencia le dijo a Lowell que su conducta traicionaba a los suyos.) En el diálogo platónico no hay otros interlocutores que Alcibiades y Sócrates; la ausencia de otros interlocutores refleja el rechazo de Sócrates por la educación de la multitud, por la educación democrática. Santayana confiesa en su primera carta que lleva muchos años separado de América, “si bien no de los americanos”. No sólo le atrae la poesía de Lowell; le atrae, sobre todo, su religión, “los fulgores de piedad católica”. Más adelante le dirá que había captado, “en su acercamiento al catolicismo, el espíritu de su descontento hacia el mundo como es”, y que “el modernismo que se opone a la modernidad” cuenta con toda su simpatía.

Los lectores platónicos sabían lo que los interlocutores del diálogo no podían saber aún: que a la guerra le seguiría la caída de Atenas y que el hecho de que Alcibiades hubiera sido discípulo suyo constituiría una de las pruebas de cargo durante el juicio de Sócrates. En *Dominaciones y poderes*, Santayana se referiría inequívocamente a la función hegemónica de los Estados Unidos y a su inevitable decadencia, a la pérdida de la espontaneidad política. Los lectores de la correspondencia romana saben lo que los corresponsales no podían saber aún: que la decadencia iba a ser demasiado larga y que ellos mismos —como Alcibiades y Sócrates— tendrían su parte de responsabilidad. Lowell diría de *Dominaciones y poderes* que su “mezcla de empirismo *whig* y catolicismo” recogía “las dos tradiciones intelectuales y morales más nobles y sólidas de occidente”. No se trataba, por parte de Lowell, de una jactancia ni de una de sus salidas de tono en los momentos en que su enfermedad mental prevalecía sobre su inteligencia y su sensibilidad. Creo que los editores de la correspondencia romana han sido decentemente escrupulosos en su tratamiento de Lowell, y desde luego no es cometido de los *scholars* emitir un juicio sobre la conducta de los escritores. La psicología literaria tiene, como cualquier otra ciencia, sus límites. Pero donde termina la psicología literaria bien podría empezar la ética de la literatura. Una de las razones por las

que considero especialmente valiosa la correspondencia romana de Santayana y Lowell, y que me lleva a creer que una edición completa que incluyera las cartas de Lowell resultaría aleccionadora e incluso terapéutica, es que muestra a un Santayana desinhibido no sólo, como podía esperarse, en asuntos personales, sino en cuestiones mucho más importantes. Como Sócrates, lo que busca es el alma del interlocutor y tal vez al interlocutor en sí mismo. Pero la correspondencia, debido a la edad de Santayana y a los desequilibrios de Lowell, estaba abocada al fracaso o a la incomunicación, a pesar de algunos destellos.

Esos destellos no son tan fugaces. Uno de los mejores poemas de *Lord Weary's Castle*, el libro que Lowell había enviado a Santayana y que daría lugar a la correspondencia, es “El cementerio cuáquero de Nantucket”. Los primeros versos del poema eran una paráfrasis del primer capítulo de *Cape Cod* de Henry David Thoreau. (Las sombras de Hawthorne y de Melville también cruzan el poema.) En ambos casos se trata de la descripción de un naufragio. Lowell había escrito su poema en memoria de un familiar suyo ahogado durante la Segunda Guerra Mundial. Thoreau había recorrido el Cabo Cod, donde los padres peregrinos habían puesto pie en tierra americana por primera vez, y había llegado a la conclusión de que América no se había descubierto todavía. Por ésta y otras razones, James Russell Lowell había condenado a Thoreau al ostracismo en la literatura americana. “Cape Cod” es, a su vez, uno de los mejores poemas del joven Santayana, que volvería a escribirlo en prosa en *El último puritano*. En la correspondencia romana, Santayana se refiere al contraste que el catolicismo de Lowell (más que patente en la penúltima estrofa del poema, “Nuestra Señora de Walsingham”) procuraba “con la atmósfera bostoniana y de Cape Cod”. La poesía y la religión, y una reconsideración sobre el significado de América, constituyen el verdadero trasfondo de la correspondencia y el corazón de lo que afectuosamente Santayana habría querido transmitirle a Lowell. “Cape Cod” es una de las imágenes rotas o metáforas más poderosas de la escritura de Santayana.

La educación de Robert Lowell se prolongaría durante muchos años. Si repasáramos cada una de sus fases —la opresiva atmósfera bostoniana, la breve estancia en la Universidad de Harvard, las lecciones de John Crowe Ransom en Kenyon sobre las “benditas estructuras” poéticas, la conversión espuria al catolicismo, incluso su relación con Allen Ginsberg y los *beats* o su conversión final en el poeta del disenso durante los años sesenta y setenta, después de haber sido utilizado, a veces con su consentimiento, a veces sin él, en las luchas culturales de la Guerra Fría—, y cómo cada una de estas *misalliances* encontró su expresión en las innumerables repeticiones y revisiones de su obra, tal vez podríamos afirmar que su relación con Santayana fue una de las más lúcidas y serenas de su vida. “Mi Alcibiades es joven, todavía no envilecido, pero ya completamente libre”, le explicaría Santayana a Lowell, que había leído la nueva edición de los *Diálogos en el limbo*. Proféticamente, el poeta filosófico añadiría que es la “autoaniquilación que sucede a

la vanidad y la insolencia lo que me hace amarlo y respetarlo”. A Lowell tanto como a Alcibiades. Que cada uno sea su propio poeta.

*C/ Italia, 26, Santa Mónica.
Ribarroja del Turia, E-46190 Valencia
E-mail: alastra@contraclave.org*

NOTAS

* Antonio Lastra es doctor en Filosofía y profesor de Filosofía en la Enseñanza Secundaria. Codirige *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales* y acaba de editar GEORGE SANTAYANA, *La filosofía en América*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.

¹ Este verso se encuentra en el poema “Epilogue”, que da fin (salvo por algunas traducciones) al último libro de Lowell, *Day by Day* (1977). Podría ser perfectamente la última palabra del poeta.

² Véase JOHN MCCORMICK, *George Santayana. A Biography*, Alfred A. Knopf, New York, 1987, capítulo 31. El capítulo siguiente lleva por título un verso de Stevens, “Among Crude Captains”.